

Discurso presentado por el Dr. Juan Gabriel Ruíz en homenaje a la Doctora Zita Figueroa en Cartagena, octubre 22 de 2010.

Sahagún, julio 1° de 1948, Bogotá, abril 5 de 2009.

Un poco la casualidad, y un mucho la causalidad y el afecto conspiraron para que tuviera la oportunidad de estar hoy aquí, intentando hacer justicia a la memoria de una maravillosa amiga, una magnífica colega, Zita del Carmen Figueroa Sánchez, quien se nos fue ya hace 565 días.

Me estuve preguntando qué le gustaría a Zita que se dijera en su obituario. Estoy seguro de que no querría algo solemne y pomposo. Es más, la palabra “obituario” le causaría “escarmonía” como diría ella, esa especie de urticaria mental y emocional que a Zita le producía la formalidad acartonada. El recuento de sus “logros” y “premios” sazonado con frases de cajón la aburriría. Pero, ¿qué decir? ¿Por dónde empezar? ¿Ella qué disfrutaría? Le pregunté a mi recuerdo de Zita qué debería hacer, y la respuesta que me vino a la mente fue algo así como, “niño, eso es problema tuyo”. Y eso es totalmente cierto. El pragmatismo de Zita se impone. Y como recordar a Zita, aquí y ahora, es problema mío, lo voy a enfrentar como mejor pueda, hilando datos, recuerdos y percepciones a medida que se me van apareciendo.

Zita nació en el año del Bogotazo. Vivió la transformación de la sociedad y la medicina colombianas desde la provinciana simplicidad de la Colombia de mediados del siglo XX hasta su vertiginosa, incompleta y traumática inserción en la globalización del siglo XXI. Y enfrentó ese entorno cambiante con aplomo, con paso tranquilo y seguro, lo que le permitió jamás perder de vista sus raíces y sus valores. Hija de padre médico y de madre madre, fue la única mujer que entre sus hermanos, escogió la profesión médica. Decían sus coterráneos y sus familiares que había heredado el ojo clínico de su padre. No lo sé. No conocí al Dr. Figueroa y no puedo compararlo con Zita. Lo que sí puedo afirmar es que su intuición médica, su claridad de raciocinio, su meticulosidad, su profundo conocimiento de los condicionantes de salud y enfermedad de los prematuros, su sensibilidad frente a las necesidades y expectativas de padres y pacientes, su especial capacidad empática, y la forma como recabó y capitalizó la experiencia que acumuló durante su carrera, hacían de Zita una clínica formidable.

Fue una bachiller precoz (se graduó a los 16 años) y con el apoyo de su padre salió de su costa hacia Bogotá, a estudiar medicina en la Universidad Javeriana en 1965. Me contaba que si bien le gustaba su carrera, durante el pregrado no sintió la necesidad de esforzarse demasiado. A pesar de no exigirse a fondo, su rendimiento académico era adecuado. Fue entonces cuando descubrió la Pediatría y encontró lo que realmente le gustaba y la apasionaba. Se graduó en 1971 y de inmediato inició su especialización en Pediatría y en 1974 obtuvo su título de especialista de la Universidad del Rosario.

Se dedicó al trabajo con recién nacidos y fue reconocida como neonatóloga por la Asociación Colombiana de Facultades de Medicina.

Conocí a Zita en 1994. Trabajaba como neonatóloga en la Clínica San Pedro Claver en Bogotá. Entre 1989 y 1993 Nathalie Charpak y yo realizamos un estudio observacional analítico para evaluar la seguridad del Método Madre Canguro. Nuestra intención original era realizar un estudio experimental comparando de manera directa niños asignados a la intervención canguro y niños manejados de forma “tradicional” en incubadoras, a partir del período de crecimiento estable conocido coloquialmente como el período de “engorde”. No encontramos en la Bogotá de 1989 el espacio apropiado para realizar el experimento. En el Instituto Materno Infantil había amplia experiencia en el uso de la posición canguro y les parecía inapropiado asignar niños elegibles para la intervención canguro, a permanecer en incubadoras. En la Clínica San Pedro Claver opinaban que no había suficiente evidencia científica como para “arriesgar” a sus prematuros a cambiar la estancia en una incubadora por la posición canguro. En resumen, fue necesario comparar una cohorte de niños “canguro” del IMI con una de niños “control” del ISS. Armados con la evidencia que acabábamos de recolectar, que mostraba que los niños en canguro no enfrentaban riesgos adicionales a los que acosaban a los niños mantenidos en incubadoras, abordamos a las directivas y a los neonatólogos de la Clínica San Pedro con la idea de realizar un experimento controlado y aleatorio en su servicio de neonatología y en la consulta de seguimiento que desarrollaríamos en la Clínica del Niño.

Nuestra propuesta tuvo eco, y durante el proceso de presentación de la idea y preparación del estudio, Zita Figueroa y Nathalie Charpak se conocieron y empezaron a colaborar. Yo estaba encargado de los aspectos de diseño, implementación, procesamiento y análisis del estudio, mientras que el equipo clínico se encargaría del reclutamiento, manejo, recolección de información y seguimiento de los niños y sus familias. Aunque nos presentaron, Zita y yo no tuvimos ocasión de interactuar mucho durante las fases iniciales del estudio. Sin embargo, a través de Nathalie empecé a hacerme una idea de quien era ese simpático y enérgico personaje que se había unido a nuestro equipo.

Zita tenía un empleo como neonatóloga en el ISS. Hacía un trabajo serio y responsable, era apreciada como una muy buena profesional y no tenía ninguna necesidad de complicarse la vida. Pero no estaba satisfecha. Quería involucrarse en la humanización de la práctica neonatológica. Sentía que era su deber, y sobre todo su deseo “complicarse” la vida profesional. Apenas empecé a comprender eso, empecé a entrever que se trataba de alguien especial, del tipo de persona que me encantaría poder llamar amiga y colega. A medida que se desarrollaba el estudio nos encontramos con más frecuencia y regularidad. Así fui descubriendo a Zita. Al comienzo, era solamente nuestro punto de contacto en el ISS. Luego ya era una extraña cordial pero ligeramente recelosa. Después fue una colega amable y seria trabajadora. Más adelante, una profesional sobria, ecuánime, con un estilo calmado pero persistente y tenaz de trabajo, que con su paso aparentemente parsimonioso iba devorando distancias. Zita trabajaba con paciencia, con laboriosidad y minuciosidad, con el ritmo del corredor de maratones, pausada e infatigablemente. Pero no solo era la pediatra, la co-investigadora y la coequipera. Ya era una amiga, amable, cada vez más abierta, con chispa, humor y ligera sátira, divertida y ocurrente, con un magnífico

sentido de la oportunidad y una lectura del clima emocional de quienes la rodeaban que solía hacerla prudente y sutil. Y así fui descubriendo gradualmente a una persona maravillosa, a una gran amiga.

Zita era una excelente conversadora, sabía escuchar con atención y calidez y se expresaba con precisión y claridad. Tanto si hablaba de Pediatría e investigación, como cuando simplemente conversaba, se comunicaba. Eso era particularmente claro cuando hablaba con los padres de sus pacientes. Tanto la información que quería transmitir, como los sentimientos de genuina preocupación y simpatía por sus “canguritos” los expresaba claro y bien, y llegaban a su destino. No en vano prematuritos y familias la querían tanto. Zita era oral, transmitía y conectaba con la palabra hablada. Pero no hablaba por hablar. Su discurso era prudente y sabía economizar palabras.

Eso contrasta con la manera como hablaba de niña. Me cuenta su hermano Cristo, que a él le contaron que de niña, Zita hablaba sin parar. A los tres añitos la sentaban en una silla, desde donde hablaba y peroraba continuamente. Él no lo vio, ya que Zita era mayor que él 6 años. Pero era parte de la tradición de la familia y fue uno de los primeros recuerdos que acudió a su mente cuando nos pusimos a hablar de este espacio que los colegas neonatólogos habían reservado para rememorar a Zita.

La vida no fue fácil para Zita. De ser la “niña de mi papá” como contaba ella, que si bien no vivió en la opulencia nunca tuvo que preocuparse por su seguridad económica, pasó a ser primero corresponsable de la crianza y manutención de sus hijos y finalmente una madre cabeza de familia, que trabajó hasta el día de su muerte para poner el pan y mucho más en su mesa. Como todos los seres humanos enfrentó dificultades, frustraciones, angustias, retos y decepciones. No se cómo sería antes de 1994. Pero desde que la conocí puedo afirmar que Zita era feliz. A Zita la visitaba la tristeza, pero no la depresión. Me explico: cuando la vida la golpeaba, uno podía ver que su alegría se empañaba, pero su capacidad de sentir, de vibrar no se entumecía. Lo que uno percibía en Zita ante la adversidad no era depresión ni melancolía, era sana tristeza. Observándola me convencí de que lo opuesto de felicidad no es tristeza sino apatía, depresión, anestesia afectiva. Si Zita estaba triste, no estaba melancólica ni derrotada, no estaba deprimida, estaba simplemente triste. La suave pero poderosa pasión y amor por la vida, su capacidad de disfrutar lo que hacía, sus sueños e ilusiones con sus hijos y nietos, su amor por su profesión y por sus pacientes continuaban allí. Si, Zita era claramente feliz.

Otra faceta de esa conexión trascendente con lo que es realmente importante era su espiritualidad. La vida espiritual de Zita era fuerte pero discreta. No hacía alarde, y no era rezandera. En su actuar diario uno podía sentir que si bien era obvia y divertidamente humana, con todos los matices terrenales, había en ella ese equilibrio, ese atisbo de seguridad y tranquilidad de quien se sabe en sintonía con su percepción de lo que o quien fuese su idea de Dios. En resumen, Zita era una persona buena. No era simplona y plana pero no era innecesariamente compleja. Era espiritual, simple y profunda.

Odiaba madrugar. Adoraba ver pacientes, e incluso cuando se escapaba de vacaciones a su natal Sahagún, terminaba programando consultas informales, muchas diariamente, siempre y cuando no fuera temprano en la mañana. Acudir a las siete o a las “ocho de la madrugada” era uno de las pocas cosas que percibía como un sacrificio por los demás. Su abnegación al trabajar de esa manera incansable se le antojaba algo natural, que se le daba de forma casi siempre placentera, aun cuando algunas veces se quejaba de “tanta sobancia”. El verdadero esfuerzo, el auténtico sacrificio, decía en tono zumbón pero veraz, era la horrible madrugada. Era un ave nocturna. Podía continuar estudiando, hablando, disfrutando o bailando porros hasta muy tarde. Pero se resentía de tener que iniciar temprano el día.

Aunque seguramente, como todos nosotros tuvo miedos y dudas existenciales, yo al menos nunca los percibí en ella. Tenía una envidiable serenidad básica, que es uno de los aspectos de Zita que me hacen afirmar que era feliz. Otra cosa que hizo una gran impresión en mi fue su actitud general frente a lo contingente, al hecho de que la vida es finita y limitada. Su trabajo (como madre y abuela, como pediatra, como educadora, como investigadora) era persistente, como dije antes, con un paso aparentemente parsimonioso pero tenaz. Enfrentaba seriamente la labor de cada día y aunque se cansara, tuviese dificultades, capeara desilusiones, continuaba ahí haciendo consulta, atendiendo caso tras caso tras caso, paciente tras paciente tras paciente, explicando una y otra vez a pacientes y a residentes y a colegas más jóvenes los procesos, las actividades, en fin, todos los componentes de una actividad clínica excelente. Y lo hacía cada día, como si ese día fuera el último de su vida.

En contraste, aunque enfrentara dificultades o sinsabores, Zita soñaba y planeaba, como si fuera a vivir eternamente. Qué llamativa dualidad, vivir plenamente cada día porque mañana podría no estar ahí, y sin embargo seguir soñando y planeando, sin sentir que el tiempo pasa y se acaba. Creo que parte del secreto de la felicidad que animaba a Zita provenía de esa forma especial de enfrentar la vida.

Y sí que soñó, pero se fue abruptamente, en medio de sueños y planes inacabados.

Soñaba con sus hijos instalados en la vida, persiguiendo cada quien sus sueños. Soñaba con tener tiempo para disfrutar sus nietos. Soñaba con un retiro, dejando Bogotá y regresando a Córdoba. Quería recorrer plácidamente sus últimas etapas en la vida al lado de tres cosas que la llenaban de calidez y sentido: su familia, los niños y la lectura.

Zita fue una lectora incansable. Leía de forma casi obsesiva. Disfrutaba leyendo obras de entre un amplio espectro de la literatura. Compartimos el gusto por la literatura fantástica y de ciencia ficción. Pero también amaba la prosa latinoamericana y colombiana, y sobre todo, quería enseñar a los niños a leer. No simplemente a descodificar letras, palabras y frases en un texto, sino a sumergirse en los mundos que un libro podría recrear en sus mentes. Deseaba contagiar a muchos niños con el amor por la lectura. Mientras empezaba a planear su retiro, conspiró, a solas y en compañía de otros, para crear una casa de lectura para niños en Sahagún, una biblioteca que fuera más que un repositorio de libros. Allí debería haber no solo un sitio sino un estado



de ánimo, un ambiente que hiciera germinar el hábito de leer y el amor por la lectura en los niños.

Y así, soñando estos sueños, trabajando incansablemente, disfrutando de cada espacio que podía disfrutar, se apagó Zita, de un momento a otro. Una noche normal, cualquiera, jugó cartas con sus amigas y se fue a dormir, y no volvió a despertar. Se fue discretamente, sin dramas ni aspavientos, sin advertencia, sin despedirse. Pero afortunadamente no había muchas cosas sin decir. En mí, y en muchos otros dejó una huella profunda. No sé si imborrable; la memoria eventualmente se desvanece, pero insisto, profunda y grata.

Y construyó: una familia, un hogar, una carrera, conocimiento que compartió generosamente, cuidados profesionales, apropiados, cálidos y amables a muchos pacientes y familias, y tejió y dejó redes de colegas quienes inspirados por ella y por otras como ella, están haciendo canguro, enseñando canguro. La Fundación Canguro a la que ayudó a establecer y en la que laboró 15 años continúa. El Programa Integral Madre Canguro, continúa. El mensaje de empoderamiento de los padres y humanización de la práctica de la neonatología sigue llegando a muchos de los rincones de Colombia y del mundo.

Zita ha muerto y realmente ya no está aquí. Deja su trabajo y su testimonio tras ella. Es su legado. Cuando los recuerdos se borren, cuando el nombre de Zita y de otros de sus colegas se vaya desdibujando de la memoria colectiva, caerá el telón del olvido. Pero ella hizo, ella vivió. Afectó con sus acciones, ideas, palabras y sentimientos a muchos. Desencadenó procesos causales que seguirán ahí. Aun así, su legado puede perderse. El espíritu de lo que Zita hizo en su vida profesional se desvanecerá, a menos que otros, ustedes, sus colegas, no solo los que tuvieron el privilegio de conocerla sino también los que no, mantengan vivos sus esfuerzos e ideales.

En nuestro medio, en nuestra práctica profesional no se da de manera natural la poderosa alianza entre la práctica clínica, la investigación que genera conocimiento científico y la diseminación a través de la educación.

Intervenciones y programas como el Programa Madre Canguro, al que Zita consagró más de 15 años de vida y verraquera no se dan ni se mantienen espontáneamente. Su entropía aumenta y decaen progresivamente, a no ser que se les apoye de forma activa y continua. Hay que hacer un esfuerzo deliberado para sostener y no desvirtuar iniciativas como la Fundación Canguro a la que Zita tanto dio. Aún quedamos varios coequiperos de Zita trabajando por los mismos ideales. Pero también nos iremos, como se nos fue Zita. Y de su legado, de nuestro esfuerzo ¿qué quedará? ¿De donde saldrá el relevo generacional que dará continuidad, que innovará, que hará crecer y progresar lo que se ha sembrado?

De entre los pediatras y neonatólogos que están empezando a desarrollar y consolidar sus carreras debe surgir el relevo generacional.

Repito, es cierto, Zita se fue y hay un enorme vacío que se experimenta todos los días, en su casa, entre sus hijos, nietos, sus hermanos y nosotros sus amigos y colegas.

Pero ocupando su silla y puesto frente a la mesa de examen ya hay otros pediatras y neonatólogos quienes, a su manera y con su sello personal, están atendiendo pacientes y familias, coordinando actividades y soñando nuevos sueños. Se siguen escribiendo protocolos y solicitando recursos para nuevos proyectos. Se siguen escribiendo artículos científicos y haciendo presentaciones en foros y congresos. Se sigue formando profesionales, capacitando equipos de programas madre canguro. Es duro, porque Zita hace mucha falta, pero el esfuerzo continúa.

Apreciados colegas neonatólogos y pediatras. No los invito a mantener por siempre vivo el recuerdo de Zita. Ojalá perdure su imagen mucho tiempo, pero no me hago ilusiones. El recuerdo personal de todos nosotros desaparecerá, eventualmente. Los invito si, a mantener el legado de Zita aunque su nombre se olvide: amar lo que se hace, ser felices, no quedarse en su zona de confort sino salir de ella e incomodarse persiguiendo sus propios sueños, vivir plenamente cada día como si fuera el último, pero seguir soñando y planeando, como si fueran a vivir eternamente...

Juan Gabriel Ruiz P.

Cartagena, Octubre 22 de 2010

